

Casa y familia. Los recursos de los desempleados de Pemex en la ciudad de México

Lucía Bazán

LA CONDICIÓN DE POBREZA que ha marcado a ciertos sectores de la población como consecuencia de los procesos de ajuste a que se ha sometido la economía nacional, es particularmente notoria entre quienes perdieron su empleo y con él su condición de asalariados.

El presente trabajo, basado en una investigación realizada en dos colonias de la delegación Azcapotzalco habitadas mayoritariamente por familias de trabajadores petroleros despedidos en 1991 cuando se clausuró la refinería “18 de Marzo”, destaca cómo la cadena de acontecimientos integrada por la clausura de la refinería, el despido masivo y el desempleo, además de la situación general de la economía mexicana particularmente difícil, orillaron a estos ex trabajadores y a sus familias a echar mano de recursos que o bien tenían otros contenidos y otras dimensiones —como la familia— o no habían sido utilizados con anterioridad —como su propia casa— como medios para obtener ingresos necesarios para su manutención. Se subraya cómo —en la medida que persiste la recesión económica, se incrementa el desempleo y los ingresos se hacen más precarios— las alternativas que pueden tener quienes carecen de empleo fijo son cada vez más restringidas y los límites de manipulación de éstas son cada vez menores. En este artículo se da cuenta del uso y significado de dos recursos de los desempleados: su familia y su espacio doméstico.

Como se sabe, en esos años —a principios de la década de los noventa— la economía nacional estaba en un proceso de ajuste, después de las crisis que se sucedieron desde la década de los años setenta, generadas por el excesivo endeudamiento externo, los fuertes desequilibrios en la balanza de pagos, las sucesivas devaluaciones y los aumentos en las tasas de interés (Aboites, 1983), que tuvieron como consecuencia

una espiral inflacionaria y las crisis posteriores originadas por la caída de los precios internacionales del petróleo en 1981 y en 1986¹, cuando la exportación de crudo significaba el rubro más alto de ingreso de divisas, necesarias para pagar los altos costos de dicho endeudamiento² que vinieron a complicar considerablemente el panorama económico. Para finales de 1986 se había establecido una nueva orientación en el desarrollo económico del país, haciendo énfasis en una redefinición del papel del Estado en la economía, que abandonaba su rol protector; en la prioridad de lograr la estabilidad macroeconómica y en la apertura a los mercados internacionales con la necesidad de transformar la industria nacional para que pudiera ubicarse en dichos mercados con eficiencia y competitividad (Scott, 1996).

La caída de los precios del petróleo en los años ochenta tuvo consecuencias inmediatas en el funcionamiento de Pemex. Se derrumbó la inversión en instalaciones (que se había impulsado al calor del auge petrolero de la década anterior) y se redujeron los programas de expansión. Sus ingresos se destinaron en un porcentaje muy elevado (70% en 1985) al gobierno federal; 18% para pagar su propia deuda externa y sólo el 12% restante a gastos de operación (Estrada, 1996). El principal objetivo de la paraestatal durante esos años fue el pago de su deuda, a lo que destinó su restructuración financiera y logró reducirla de 19 200 mdd en 1982 a 5 600 mdd en 1991 (*ibidem*). Junto con esta restructuración inició un proceso de reordenación de sus actividades productivas y estructuras organizativas, que buscaba una gestión acorde con las nuevas políticas de eficiencia y competitividad en los mercados internacionales. Dentro de este esfuerzo por mejorar los índices de productividad, contemplaba la adecuación de sus instalaciones productivas así como un minucioso ajuste de personal que había crecido casi sin contención. Este proceso se inició durante el sexenio del presidente Miguel de la Madrid (1982-1988) y se profundizó durante el siguiente. El año 1991 fue muy importante en la restructuración: al mismo tiempo que se anunciaba el cierre de la refinería "18 de Marzo" en la ciudad de México (y con ella el primer despido masivo de trabajadores de la paraestatal que fue seguido de otros muchos para reducir la planta de trabajadores a

¹ El primer desplome de precios fue provocado fundamentalmente por la disminución de la demanda de este producto por parte de los países desarrollados que mostraban serios avances en materia de ahorro de energía; la segunda, por la sobre oferta de crudo provocada por los países miembros de la OPEP que dejaron de respetar las cuotas de producción convenidas (Estrada, 1996).

² El nivel de ingresos por este concepto descendió de 15 623 mdd en 1982 (71% de los ingresos por exportaciones) a 6 133.3 mdd en 1986 (Novelo, 1991).

50% en sólo cuatro años: de 240 000 en 1989 a 120 000 en 1993) se señalaba que la paraestatal transformaba sus subdirecciones en cinco empresas filiales, para un año después presentar el anteproyecto de su restructuración, que consideraba la creación de cuatro organismos descentralizados subsidiarios: Pemex Exploración y Producción; Pemex Refinación; Pemex Gas y Petroquímica Básica y Pemex Petroquímica Secundaria, que permitirían la suficiente autonomía de cuatro empresas manejables, y la flexibilidad para que, al menos el último de estos organismos, se abriera al mercado de los particulares nacionales o extranjeros. Este proceso aún no termina.

En esta perspectiva, el cierre de la refinería “18 de Marzo” no respondía tanto a las necesidades de salud de los habitantes de la ciudad de México —que fue el argumento esgrimido por el presidente Salinas de Gortari (*El Universal*, 19/03/91)— cuanto a este proceso de restructuración de la paraestatal. Por ello, a pesar de las declaraciones de los funcionarios del gobierno de la ciudad que afirmaban que la refinería era necesaria e inamovible³ y de los clamores de los trabajadores despedidos que pedían su reubicación en otro lugar del país, la refinería se cerró definitivamente.

En estas condiciones fueron despedidos más de 5 000 trabajadores: aproximadamente 2 000 de ellos, que tenían una antigüedad inferior a los 10 años, fueron liquidados con 132 días de salario por año. Para el resto, independientemente del tipo de contratación que tenían (base o transitorios), se aplicó la jubilación en una escala diversa: los trabajadores de planta o transitorios con antigüedad mayor a los 25 años se jubilaron con 100% de su sueldo y dos niveles escalafonarios más; quienes tenían antigüedad entre 17 y 25 años con 60% y un nivel más y cuatro puntos porcentuales por año hasta llegar a 80%; y aquellos que tenían entre 10 y 17 años con 50% y un nivel más (Corro y Correa, *Proceso*, 25/03/91). La jubilación, sin embargo, no llenaba sus expectativas ni les daba seguridad a futuro. Según el vigente Contrato Colectivo de Pemex (1989),⁴ las percepciones de los trabajadores (denominadas *salario or-*

³ El delegado de Azcapotzalco, Fernando Garcilita Castillo había declarado que “La Refinería 18 de Marzo” permanecerá en el Distrito federal, porque no hay dinero para su traslado [...] No saldrá, porque sacarla resulta muy caro y ahorita no estamos para eso. Así lo hicieron saber las autoridades de Petróleos Mexicanos [...] (*Excélsior*, 21/10/87).

⁴ Según el Contrato Colectivo, el salario ordinario está integrado “con los valores correspondientes al salario tabulado, fondo de ahorros (cuota fija y cuota variable), compensación por renta de casa y ayuda para despensa. En el caso de los trabajadores de turno se adiciona el concepto de tiempo extra fijo, de acuerdo con lo establecido en la cláusula 48 de este contrato” (cc, Cláusula 1, 1989).

dinario) estaban conformadas por el salario tabular y otras prestaciones. Pero el monto total no se respetó a la hora de hacer los ajustes de las jubilaciones y liquidaciones que sólo tomaron como base el salario tabular, de manera que al recibir sus pagos los trabajadores se encontraron con una reducción aproximada de 50% de sus percepciones cotidianas.⁵

⁵ A manera de ejemplo, en los tabuladores de ingreso se presenta el siguiente cuadro que contempla los diversos niveles escalafonarios con su respectivo salario tabular (segunda columna), que se sumaba al salario y se definía en relación con el tabulador y al turno de trabajo. Los obreros sindicalizados llegaban hasta el nivel 24, el resto era para el personal de confianza.

Nivel	Salario tabulado	Ayuda para renta de casa, según diversas modalidades de contratación					
		Nivel diurno	Turno fijo nocturno	Turno continuo	Turno discontinuo	Turno diurno	Turno 24 horas
1	4.861	4.339	4.691	4.572	4.560	4.631	4.710
2	4.913	4.506	4.962	4.797	4.796	4.844	4.917
3	5.007	4.775	5.054	5.239	5.196	5.253	5.290
4	5.124	5.027	5.109	5.538	5.585	5.621	5.658
5	5.270	5.368	5.127	5.663	5.742	6.120	6.111
6	5.411	5.743	5.682	5.829	5.882	6.340	6.650
7	5.590	6.160	6.300	6.556	5.990	6.477	6.568
8	5.803	6.693	6.979	6.764	6.691	6.564	7.010
9	6.043	7.270	7.713	7.474	7.371	7.203	7.121
10	6.334	7.515	7.900	8.283	8.170	7.952	7.808
11	6.649	7.757	8.049	8.478	8.336	8.449	8.259
12	6.964	8.035	8.222	8.702	8.535	8.666	8.972
13	7.335	8.853	9.213	8.821	8.667	8.780	9.140
14	7.723	9.538	10.213	9.751	9.549	8.942	9.323
15	8.135	10.281	11.305	10.778	10.532	9.824	9.492
16	8.364	10.651	11.872	11.294	11.036	10.274	9.902
17	8.787	10.616	12.991	12.342	12.049	11.181	10.773
18	9.252	10.497	14.225	13.492	13.152	12.192	11.705
19	9.705	10.432	15.433	14.614	14.235	13.187	12.607
20	10.113	11.037	16.512	15.627	15.200	14.074	13.421
21	10.533	11.469	16.979	16.393	15.964	14.701	14.035
22	10.921	11.987	17.472	17.324	16.835	15.513	14.764
23	11.317	12.608	17.975	17.559	17.028	15.506	14.686
24	11.701	13.154	18.910	17.809	17.264	15.621	16.040
25	11.912	13.609	19.661	18.512	17.938	16.217	16.692
26	12.531	14.579	21.233	19.984	19.349	17.485	17.977
27	13.096	15.516	22.718	21.373	20.696	18.674	17.564
28	13.625	16.389	24.608	22.630	21.907	19.780	18.581
29	14.184	17.367	25.609	24.078	23.316	21.067	19.786
30	14.796	18.358	27.159	25.512	24.693	22.333	20.960
31	15.420	18.882	28.816	27.076	26.198	23.689	22.223
32	16.035	19.410	30.446	28.609	27.730	25.046	12.378
33	16.708	19.866	32.268	30.347	29.402	26.551	24.861
34	17.393	20.984	34.208	32.161	31.160	28.116	26.317
35	18.175	22.190	36.324	34.141	33.035	29.789	27.901

Fuente: *Contrato colectivo de trabajo*, México, Pemex, 1989.

El despido por la clausura de la refinería tuvo lugar en un momento en que, a causa de los cambios en materia económica, el país estaba sumergido en un “profundo deterioro en las condiciones de vida de la población, resultado del efecto conjunto de la recesión económica y de las políticas de estabilización y ajuste” (De Oliveira y García, 1994: 226). El mercado de trabajo atravesaba por un periodo de contracción, reflejo del deterioro de las condiciones económicas. El PIB *per capita* en los últimos años había caído a un promedio de 0.5% anual (Sobarzo, 1997: 42); el desequilibrio entre la oferta (PEA) y la demanda (PO) llevó, en los años posteriores, a un “deterioro creciente de la tasa de desempleo abierto: de 2.8% en 1990 a 6% en 1995. Y si en lugar de la tasa de desempleo abierto se considera a la población ocupada que trabaja menos de 35 horas semanales con ingresos mensuales inferiores al salario mínimo, las tasas alcanzan 14%” (*idem*). En el sector manufacturero, los procesos de restructuración causaron la reducción de personal en las empresas que lograban el reajuste o bien habían eliminado a muchas empresas manufactureras, de manera que en 1991 y 1992, según datos de la STPS, el personal ocupado cayó en 1.7% y 3.8% respectivamente. Al mismo tiempo, asistíamos a una permanente reducción en los salarios y en el poder adquisitivo,⁶ a un constante incremento en los niveles de inflación y a un recorte en los programas de seguridad social y finanzas públicas.

Los quince años anteriores habían reducido los niveles de vida de amplios sectores de la población trabajadora, tanto en el campo como en la ciudad. Durante esos años, al decrecer el trabajo asalariado (De Oliveira y García, 1994), habían proliferado las ocupaciones por cuenta propia, desde aquellas que implicaban inversiones de capital en diversos grados (pequeños negocios familiares, talleres, pequeños comercios establecidos o ventas ambulantes) hasta el ofrecimiento de servicios poniendo en juego las habilidades y calificaciones personales (Margulis, 1989; Estrada, 1996). Así como otra serie de actividades, muchas de ellas realizadas de manera informal, entre las que destacan las realizadas por mujeres (García y De Oliveira, 1994; González de la Rocha, 1989; De Oliveira y Roberts, 1993)⁷ en los resquicios de tiempo que les

⁶ Aboites (1983) analiza los salarios industriales a partir de 1960, año al que asigna el valor de 100, para señalar que en 1976 éstos habían alcanzado el punto más alto al situarse en un valor de 198 para caer en el siguiente hasta 166. Desde ese momento, la caída del valor real de los salarios ha sido constante (después de 1981, el salario había registrado una caída de aproximadamente 60% en términos reales), aunque se registraron periodos de recuperación, en especial entre los años 1988 y 1994 (Sobarzo, 1997:52).

⁷ García y De Oliveira (1992:16) señalan un notable incremento de la población

dejaban sus tareas destinadas a la reproducción, surgían como estrategias (Margulis, 1989) que tenían la finalidad de aportar ingresos para la familia. El sector informal representó en 1995 el 35.5% de la población ocupada en las áreas urbanas.

En este contexto general tuvo lugar el cierre de la refinería, el despido de sus trabajadores y la nueva condición de desempleados, que en la mayoría de los casos no fue remplazada por una nueva ocupación asalariada, sino que, por las condiciones del mercado de trabajo restringido, orilló a los nuevos despedidos a buscar nuevos ingresos realizando actividades por cuenta propia, a dar nuevos usos a su espacio doméstico y reacomodar las relaciones y redes familiares para asegurar al máximo las posibilidades de obtener ingresos con la participación de más miembros de la familia en diversas actividades remunerativas. En los cuatro años de la investigación de campo, se agudizaron los problemas económicos en el país (tuvo lugar la crisis de diciembre de 1994), los recursos con los que este sector contaba se redujeron, y se utilizaron de manera diversa a lo que se ha documentado para otros momentos entre sectores populares urbanos.

La crisis del modo de vida petrolero: del bienestar a la pobreza. De la familia petrolera al desamparo

Si perder el empleo es siempre un evento conflictivo, perderlo en la ciudad de México en 1991 lo era aún más, por la escasez de alternativas formales y la nula capacidad de ahorro de los trabajadores, que vivían una larga época de deterioro salarial. Más difícil lo fue para los trabajadores petroleros por razones adicionales a los argumentos anteriores: como desempleados sufrieron un drástico cambio en sus niveles de vida. De ser un sector de trabajadores muy bien pagado, muchos de ellos con casa propia, coche y niveles de consumo muy superiores a la media de los trabajadores, pasaron a formar parte del cada vez más numeroso sector de la población sin trabajo, sin ingresos fijos y en el mejor de los casos con una jubilación estrictamente fincada sobre el salario tabular.

La crisis de los petroleros, ocasionada por el despido, no se redujo al aspecto económico. Pocos sectores, como éste, fueron tan golpeados por la pérdida del trabajo, así como también por otros motivos: el cierre

femenina trabajadora no asalariada que pasó de 28% en 1979 a 40.5% en 1995, mientras que entre la población masculina este mismo rubro significaba 35.4% y 37.3% en los mismo años.

de la fuente de trabajo significó el desempleo masivo y simultáneo que, por la organización de la **paraestatal** que daba prioridad a la contratación de los familiares de los trabajadores para nuevos ingresos, implicó el cese de varios miembros de una misma familia. Al mismo tiempo, al perder el trabajo en Pemex, perdieron también la convicción creada por los líderes sindicales de que formaban parte de la “gran familia petrolera”, lo que les había dado no sólo prestigio entre el resto de la clase trabajadora, sino seguridad de que vivían en condiciones privilegiadas.

Los asentamientos petroleros y sus pobladores. 50 años de historia urbana

La primera reacción de los petroleros, después del despido, fue refugiarse en sus casas. Muchas de ellas habían sido construidas en las inmediaciones de la refinería en un proceso que se inició a finales de los cuarenta, cuando por medio del sindicato se fraccionó, vendió y construyó la primera de una serie de colonias para los trabajadores de esa industria: la colonia petrolera.

Ésta fue una de las muchas colonias con características similares que marcaron el crecimiento del norte de la ciudad de México y que reflejan las políticas de urbanización de mediados de siglo: se trataba de apoyar la consolidación del proyecto de desarrollo basado en la industrialización vía sustitución de importaciones y, para ello, respaldar no sólo la instalación de las nuevas industrias con la promulgación de leyes que les otorgaban todas las ventajas e incentivos para establecerse,⁸ sino también favorecer la infraestructura urbana y la construcción de colonias de vivienda popular para sus trabajadores, asumiendo su papel de estado regulador y protector (Schteingart, 1991).

Las colonias en las que los petroleros se instalaron pueden clasificarse en dos tipos, dependiendo de la intervención o la ausencia del sindicato petrolero en su construcción y venta. En aquellas, como la Petrolera, en las que el sindicato actuó como gestor de la operación inmobiliaria y seleccionó a los trabajadores con derecho a adquirir su vivienda con créditos que se pagaban con descuentos directos de nómina, el proceso de construcción e introducción de servicios urbanos fue relativamente rápido (la colonia Petrolera se fraccionó y puso a la venta en 1948 y para mediados de los cincuenta ya estaba terminada); mientras que en

⁸ Ver la Ley de Industrias Nuevas (1932) y la Ley de Industrias de la Transformación (1941).

otras colonias vecinas a la refinería (como la Santa Lucía), fraccionadas y vendidas por particulares, también a finales de la década de los cuarenta, este proceso fue más lento ya que la construcción de las viviendas dependía de la disponibilidad financiera de sus dueños y la introducción de servicios urbanos, de la presión que los vecinos, una vez instalados, pudieran hacer a las autoridades del gobierno del Distrito Federal. Así, sólo hasta la época en que López Mateos fue presidente de la República y Ernesto Uruchurtu regente de la ciudad de México (1958-1964), los vecinos de esta colonia contaron con todos los servicios urbanos. Mientras que, en las primeras, los líderes sindicales manipularon la urbanización y la introducción de servicios con fines clientelares; en las segundas hubo de generarse una organización de base para lograr la urbanización plena.

En 1991 las colonias petroleras contaban con todos los servicios, un alto índice de viviendas propias,⁹ materiales de construcción definitivos (más de 90% con techos de losa de concreto; paredes de tabique; piso con recubrimiento); gas, drenaje, energía eléctrica; agua intradomiciliaria; cocina independiente y más de 60% con dos a cuatro dormitorios (INEGI, 1992). Es decir, eran zonas privilegiadas de vivienda obrera. A estas condiciones urbanas hay que agregar el hecho —excepcional entre los obreros de esta ciudad— de que el lugar de trabajo estaba prácticamente integrado a sus espacios cotidianos: podían ir caminando de su casa a la refinería o, quienes vivían en zonas más distantes (como la colonia petrolera) demoraban menos de 10 minutos en coche o en transporte público para llegar al trabajo.

Estas colonias habían visto crecer y consolidarse a dos generaciones de trabajadores. En ellas, la vida tenía el ritmo del trabajo petrolero; las relaciones estaban marcadas por éste; las nuevas familias surgían de entre ellos mismos y, después de 50 años, había un estilo de vida y una red de relaciones tales que la refinería era el centro de las actividades, el lugar de las relaciones, la generadora de seguridades presentes y expectativas futuras.

⁹ Las colonias construidas por medio del sindicato de trabajadores de Pemex, inicialmente sólo estaban habitadas por los trabajadores propietarios de sus viviendas. Actualmente, de acuerdo con los datos del XI Censo General de Población y Vivienda, por AGEB urbana para el Distrito Federal, en la AGEB correspondiente a la colonia Petrolera, por ejemplo, de un total de 972 viviendas censadas, 890 eran propias y sólo 82 rentadas. Es decir, en una proporción de 91 y 9% aproximadamente. En la AGEB en la que se encuentra la colonia Santa Lucía, colonia no sindical, en la que hay mayor mezcla de petroleros y no petroleros, la proporción de viviendas propias y rentadas es de 60 y 40% respectivamente.

A estas colonias, imbuidas del trabajo y la vida petrolera, llegaron los desempleados la tarde del 19 de marzo, después de una desilusionante asamblea sindical en la que los líderes les reiteraron que la decisión tomada era irrevocable, que no habría reinstalaciones, porque no había vacantes en otras refinerías y que ésta, la “18 de Marzo”, no se reubicaría; que ellos, los líderes, “se convertirían en soldados para defender los derechos de los trabajadores de la sección 35”, que regresarían “lo más pronto posible para entregarles buenas cuentas” y que esas cuentas, “apegadas a la Ley Federal del Trabajo, tenían que ver con la liquidación por causas de fuerza mayor” (*Proceso*, 25/03/91).

Al perder el empleo, los recursos materiales y sociales sobre los que la mayoría de los ex petroleros podrían fincar su existencia se redujeron al espacio doméstico, a sus relaciones familiares y, con una menor envergadura, con los vecinos. Ni más ni menos. Entre ellos, superado el asombro, el enojo, la frustración, empezó a aflorar una nueva forma de enfrentar la vida que no tenía nada que ver con la anterior, organizada y estructurada al trabajo en la refinería.

Las colonias, antes claros asentamientos obreros, cambiaron su fisonomía acorde con las nuevas actividades de sus habitantes, que en general dejaron de ser asalariados para realizar actividades por cuenta propia y en el sector informal, adoptando un estilo de vida cada vez más distante del estructurado por el trabajo asalariado. No más ritmos preestablecidos por los horarios de la refinería; no más ingresos seguros y estables cada semana para organizar el consumo familiar; no más futuros previstos en los que los hijos se integrarían al trabajo de Pemex, se casarían con mujeres de familias petroleras, reforzarían la compacta estructura espacial, laboral, familiar y social en la que vivían. No más división del trabajo dentro de las familias para que las mujeres pudieran atender con eficiencia los trabajos domésticos.¹⁰ Ahora debían reorganizar la vida doméstica pasando a formar parte del grupo cada vez mayor de familias que, para mantener su nivel de vida, deben lanzar al mercado de trabajo a mujeres y jóvenes antes excluidos (Cortés, 1995).

¹⁰ Es interesante notar que la tendencia a que las mujeres destinen su tiempo exclusivo a la crianza de los hijos y los trabajos de la reproducción, ha disminuido notablemente entre todo el sector de trabajadores urbanos a partir del endurecimiento de las condiciones socioeconómicas (De Oliveira y García, 1994; Hernández, 1997).

Los nuevos recursos: la unidad doméstica: espacio y relaciones

1. La casa como espacio productivo

La siguiente es una breve síntesis de las nuevas ocupaciones que realizaban 40 trabajadores despedidos, entrevistados ampliamente durante la investigación.¹¹

Para los fines de este estudio la unidad de análisis es la doméstica, considerada tanto como el grupo familiar que vive bajo el mismo techo, como el espacio mismo de la vivienda. La unidad doméstica, señalan Margulis, Rendón y Pedrero (1981:298) es “la principal defensa frente a la desocupación, el ingreso personal insuficiente, la vejez o la enfermedad”. En 20 de ellas había solamente un trabajador despedido; en 12 había más de uno, hasta llegar a un total de 45, de los que obtuvimos información. De las unidades domésticas con un solo despedido, 65% había recibido jubilación; y el 35% restante había obtenido su liquidación; en las unidades en que existía más de un despedido, la proporción era de 60% y 40% respectivamente.

En relación con las nuevas ocupaciones, en las 32 unidades domésticas, el ingreso principal, en 71% de los casos se derivaba de actividades por cuenta propia, que oscilaban entre la renta de un cuarto de la casa para huéspedes eventuales, hasta un pequeño laboratorio de emisiones contaminantes puesto entre tres ex trabajadores, con muchas alternativas de pequeños negocios de comercio, fundamentalmente abarrotes y diversos tipos de alimentos: pollos, lácteos, comida preparada, antojitos nocturnos, dulces y golosinas; o servicios a domicilio de carpintería, pintura, reparaciones electrodomésticas, trabajos de sastrería, taxis, cuidado de niños, clases particulares, entre los más socorridos. El 18% contaba con un trabajo asalariado, de los cuales un tercio se ocupó en algún puesto burocrático y los otros dos en otros servicios. El 9% restante tenía como ingreso principal una jubilación.

Impulsados por el desempleo se integraron 22 mujeres y 20 hijos a las actividades productivas. Hay que señalar que en los casos en que no

¹¹ Por cuestiones de espacio la síntesis sólo marca las actividades que en ese momento realizaban los ex trabajadores entrevistados y no los diversos intentos que habían hecho antes. Tampoco están consignadas las actividades de otros parientes (hijos y hermanos fundamentalmente, aunque también hay información de primos, tíos y cuñados) de los que conocimos su trayectoria después del despido, pero que no vivían en las unidades domésticas de nuestros entrevistados. De igual manera, aunque aparecen sólo 32 grupos familiares, algunos de ellos están constituidos por diversas familias nucleares, que hacen que la suma total de nuevas ocupaciones corresponda a 45 ex petro-
leros.

había colaboración familiar, se trataba o de hijos muy pequeños o grupos en los que había ingresos del padre y uno o dos hijos que no hacían tan urgente la colaboración de la mujer.

Surge como estrategia de los despedidos la utilización de la casa propia como recurso productivo que fue acondicionada y utilizada en 75% de los casos. Así, después del despido, la casa —más allá de ser la sede de la unidad doméstica— se convirtió en el recurso material más importante con el que los ex trabajadores contaban. Muy pronto se empezaron a destinar partes de ella a usos productivos: esto implicó el reacomodo de sus miembros e incluso algunas modificaciones en la planta física. Por ello, tener la propiedad de la vivienda les resultó fundamental: se abrieron puertas a la calle y se acondicionaron pequeños locales en los que se ofrecían los servicios más disímiles: desde infinidad de tiendas de abarrotes (en 1994 había, en la colonia Santa Lucía, al menos una de estas pequeñísimas tiendas en cada cuadra: “nos compramos unos a otros —me decía la dueña de una de ellas— y así nos ayudamos entre todos”), o la instalación transitoria, en la puerta, de una mesa en la que se ofrecían dulces y golosinas u otros alimentos. En estas actividades “comerciales” la mujer de la casa siempre participaba, de manera que se hacían arreglos adecuados para que ella pudiese, al mismo tiempo, realizar los trabajos domésticos y atender la clientela. El hombre, más que vender directamente, era el proveedor de las mercancías.

Las casas también se adecuaron para instalar en ellas un pequeño taller, a veces con herramientas, a veces casi sin ellas, dependiendo del giro del taller instalado. Incluso, en alguna ocasión, los trabajos se realizaban en las banquetas, provocando la intervención de funcionarios de la delegación para mantener el orden de la localidad (*Reforma*, 06/11/94).

Otro destino temporal de las casas y de las nuevas actividades de algunos de sus miembros, fue ofrecer servicios de guardería para los pequeños cuyas madres ahora debían salir a trabajar, o de clases particulares para los rezagados en la escuela, u ofrecer cuartos y alimentación para otros petroleros que venían de otros estados al hospital o a trámites laborales, capacitación, etcétera.

En la colonia petrolera, en donde las casas tenían casi siempre un garaje, los coches salieron a la calle (cuando no se vendieron) y el garaje se techó y se convirtió en un espacio mil usos: bodega de lonas, mesas y sillas de alquiler para fiestas; espacio de venta de garaje —¡textual!—, de aparatos electrónicos, juguetes, ropa y otros bienes de los que las familias iban prescindiendo paulatinamente; lugar de venta nocturna de antojitos, etc.; en dicha colonia, también, los pequeños jardines posteriores muchas veces se transformaron en hortalizas y lugares para la crianza de animales domésticos (pollos, pavos y conejos) para el consumo

familiar y eventualmente para la venta o el intercambio entre vecinos, que si bien no solucionaban el problema del abasto alimentario familiar, sí paliaban un poco el problema de la precariedad de los ingresos.

De esta manera, por diversos medios, las casas dejaron de ser el reducto de lo familiar, de las normas impuestas por las relaciones de parentesco y de alguna manera se incorporaron a la vida extradoméstica, la que antes transcurría sólo en las calles¹² y la producción doméstica de bienes y servicios dejó de ser exclusiva para el consumo familiar y destinada también al mercado externo, a la generación de ingresos para la manutención del grupo doméstico (véase, para otros contextos, González de la Rocha, Escobar y Martínez, 1990).

Casa y calle dejaron de ser dos espacios marcadamente diferentes como lo eran cuando el trabajo en la refinería organizaba la vida cotidiana de los petroleros; las puertas de las casas, anteriormente cerradas, al abrirse para ofrecer al público transeúnte diversos servicios generados en el hogar, hicieron este papel de tránsito entre uno y otro espacio, entre una y otra vida. Como había ocurrido en el ámbito laboral, en el doméstico también se perdieron rutinas, convenciones, seguridades. Lo privado y lo público se mezclaron y perdieron nitidez; en el espacio destinado a la reproducción se realizaron tareas productivas; la informalidad de las actividades productivas se instaló en las casas y en las familias de los ex petroleros.

2. La casa como espacio familiar

Una característica recurrente entre las familias petroleras para encarar la crisis del desempleo, fue la apertura de las casas —sobre todo de las paternas— para albergar a miembros de su familia —o a familias enteras— que no tenían casa propia y que se refugiaron en la casa paterna —como se ha venido haciendo entre grupos de trabajadores desde hace

¹² DaMatta (1991), hace un análisis muy sugerente sobre estos dos ámbitos y las normas que rigen la vida en cada uno de ellos: mientras que la casa representa el mundo controlado, en el que todo tiene su lugar, con reglas y jerarquías establecidas fundamentalmente por la normatividad del parentesco, en la calle tiene lugar lo eventual, el movimiento, lo accidental, el mundo de las opciones individuales. En la calle está el trabajo; en la casa el descanso. Señala que en la sociedad brasileña, durante el carnaval, tiene lugar una serie de trastocamientos de la normatividad habitual de ambos espacios, cuando la sociedad permite de manera transitoria y ritual, la subversión de las normas; entre los petroleros el evento que generó esta subversión fue el cierre de la fuente de trabajo y dado el carácter permanente de este acontecimiento, no se trató de una modificación transitoria: se modificaron muy profundamente, no sólo los usos de los espacios, sino los significados que éstos tenían.

muchos años (Estrada 1996; García, Muñoz y De Oliveira, 1982; Margulis, Rendón y Pedrero, 1981; De Oliveira y García 1994)— mientras rehacían su vida productiva y podían volver a pensar en un hogar independiente.

Las modalidades de estos reagrupamientos familiares fueron múltiples. Es importante destacar el nuevo uso de los espacios domésticos, para retomar en el apartado siguiente, las formas de cooperación entre los diversos miembros de estas familias reagrupadas y la exposición sobre las familias nucleares y extensas presentes entre los petroleros.

Con frecuencia, cuando los despedidos eran jóvenes casados que ya habían salido del hogar paterno y aún no contaban con casa propia, volvieron, con su nueva familia, a ocupar uno de los cuartos de la casa de los padres y así las unidades domésticas empezaron a cobijar a familias extensas.

Mire, ahora, en el piso de arriba vive mi hijo Jorge, con su esposa y sus tres hijos, y aquí abajo vive mi hijo Miguel. Yo comparto la cocina con mis dos nueras Y mi recámara se la presté a mis otros dos hijos para que pongan su laboratorio (entrevista con una mujer viuda de un ex petrolero. 1994).

Este retorno al hogar paterno de familias en fase de expansión se realizó de diversas maneras: desde que se habían planeado las casas en ambas colonias existía una predisposición para mantener a los hijos casados cerca de la casa paterna. En las colonias populares, en muchos casos, lograron comprar terrenos grandes y construir casas, o cuartos, en su defecto, para que en ellos vivieran transitoria o permanentemente los hijos casados y sus nuevas familias. Así, había familias cuya principal responsable era una viuda que había congregado a sus hijos y sus familias cuando su esposo murió; o también, familias que habían integrado al padre o la madre viudos en la casa de alguno de los hijos casados; en las que había madres solteras que vivían en la casa paterna; y algunas con hijos casados o unidos hacía poco tiempo, que habían llevado a la mujer a vivir a la casa de sus padres. Lo mismo sucedía cuando en las colonias petroleras se habían construido casas muy grandes en las que, ya de antemano, vivía más de una familia nuclear. Cuando esta organización fue previa al desempleo, no hubo modificaciones en las formas de vida de los recién despedidos.

Las nuevas formas de ocupar el espacio de la casa paterna ocurrieron cuando los hijos, o los hermanos, vivían en casas separadas que no eran propias y tuvieron que aprovechar al máximo ese recurso. Así, una de las consecuencias del desempleo fue, en muchos casos, el retorno a

la casa paterna o el aglutinamiento en la casa de algún hermano —aunque esto sucedió con menos frecuencia— de varias familias nucleares.

Esta concentración familiar generalmente fue improvisada, como el desempleo mismo, y la forma más común de llevarla a cabo fue relegando a cada familia en un cuarto y compartiendo los usos de los espacios comunes: cocina, lavaderos, comedor y sala. Compartir esos espacios también implicó modalidades: así, en algunas casas la madre cocinaba para todos, con la colaboración de hijas, nueras y nietas —siempre que éstas no trabajaran fuera del hogar— o, como sucedía más frecuentemente, la mujer de cada hogar se encargaba de alimentar a su propia familia. Como es de suponerse, esta situación generó algunos conflictos por los usos y atribuciones que cada familia reclamaba dentro del espacio doméstico compartido (por ejemplo, cuando cada mujer cocinaba para su propia familia, los tiempos del uso de la cocina generaban problemas entre ellas; otra fuente de conflicto en la distribución del espacio fue el acomodo y uso del mobiliario con el que cada familia contaba y del que no querían desprenderse inicialmente: los muebles de la casa se apretaban en los espacios asignados para cada familia y se multiplicaron los televisores, los aparatos de sonido, los refrigeradores, etc., que paulatinamente fueron puestos en venta cuando era necesario afrontar algún gasto mayor. Los gastos de infraestructura también se compartían: agua y luz se prorrateaban entre las diversas familias integrantes del espacio doméstico. A pesar de los conflictos, ésa fue la alternativa más común. Este uso de los espacios y esta forma de relacionarse entre sí de los diversos miembros de los grupos que se juntaron en una sola casa, no corresponde a la tradicional conceptualización de unidad doméstica, que implica la integración de una economía común entre todos los que viven juntos (Margulis, 1989; De Oliveira y García, 1994; González de la Rocha, 1991). Éste es un rasgo que hay que destacar, porque, a diferencia de situaciones previas entre el mismo grupo (Estrada, 1996) en que el recurso de la casa paterna implicaba también la economía compartida, en esta situación de despido masivo, apenas si se compartían los gastos más indispensables, pero cada núcleo familiar buscaba su propia manera de subsistir.

Otra modalidad tuvo lugar sobre todo en las colonias populares, en las que había casas paternales que eran el centro de otra serie de pequeñas casas, o cuartos o, al menos, terrenos para levantar un pequeño cuarto nuevo, de manera que los hijos sin casa se pudieran establecer cerca, y a veces dependientes, de la casa paterna, pero no dentro de ella. Esta vecindad les permitía, al igual que en el caso anterior, organizar la vida de manera común, colaborar en tareas que podían compartirse o delegarse en uno de los miembros de las diversas familias: cuidar niños, llevarlos

y traerlos del kínder (cuando crecen un poco los niños van y vienen solos de la escuela), hacer las compras del mercado, etc., mientras que el resto salía a trabajar fuera de la casa. Sobre esta ayuda mutua —y sus límites— se hablará más adelante, porque fue uno de los pilares sobre los que se construyó la nueva forma de vida de estas familias.

Por último, también se dio el caso de utilizar una de las casas familiares como lugar estancia de los hijos en edad escolar o de los más pequeños durante las horas de trabajo de los padres. En esos casos, generalmente los niños comían en la casa que los asilaba y ayudaban en algunas tareas domésticas: las niñas grandes cuidaban a los más pequeños, iban a hacer alguna compra de última hora (las tortillas, por ejemplo), ayudaban en la limpieza, y volvían a su propio hogar cuando sus padres regresaban del trabajo. En estos casos, excepto la comida de los hijos, en el hogar de cada familia se realizaban todos los trabajos domésticos cotidianos.

Así, la casa adquirió muchos significados nuevos: residencia —sin costo de renta— de diversos grupos familiares allegados a sus propietarios; centro diurno de reunión de diversos miembros de la familia; casa central en la que diversas familias descargaban responsabilidades y tareas cotidianas; era, también, espacio productivo: con áreas que se rentaban, que se usaban como talleres, tiendas o como lugar de usos múltiples: costura, elaboración de comida, manualidades, y luego comedor, recámara, etc., lo que implicó un reajuste en las relaciones de quienes compartían estos espacios: no sólo dejó de ser exclusivamente el espacio femenino de la reproducción, sino también, en los casos de la convivencia de varias familias en el mismo espacio, esta característica derivó en conflicto cuando cada una de las mujeres se arrogaba el derecho de establecer sus normas familiares. Fue necesario hacer una jerarquización —que sólo era clara cuando la casa en la que se juntaban las familias era de los padres— para que se aminoraran los conflictos, sobre todo entre las diversas mujeres integrantes de estos núcleos.

Aquí, ahora, viven una hija mía y dos hijos. Se fueron viniendo desde el 92, creo. No crea, señora, mi hija y mis nueras se pelean mucho. Cada una de ellas trae su modo y a veces me dan ganas de decirles que se vayan. Pero, a dónde los mando, si ninguno tiene buen trabajo. Mejor nos aguantamos apretados en mi casa (entrevista a la esposa de un jubilado, 1994).

El reacomodo espacial, generado por el desempleo de uno o varios miembros de la familia, la duplicidad de funciones de buena parte de las viviendas petroleras implicó una readecuación de los roles y las relaciones familiares: las rutinas de la mujer y de los hijos se modificaron, las

tareas se redistribuyeron, los hijos tuvieron que asumir algunas que nunca habían tenido (desde lavar ropa, cuidar hermanos, ir al mercado, hasta ayudar al padre o a la madre en los distintos trabajos productivos). El tiempo libre también adquirió otros matices: se redujo, generalmente para las mujeres, se incrementó para los desempleados, que muchas veces lo dedicaron a beber alcohol y a desesperarse.

Al mismo tiempo, se originaron nuevas actitudes en las relaciones familiares: los adolescentes, en muchos casos, se fueron de la casa y se incrementó la drogadicción en este grupo; las mujeres reclamaban sobre los problemas económicos, la carga adicional de trabajo y la aparente negligencia de los maridos para encontrar otro trabajo igualmente remunerado; empiezan a aparecer los divorcios y los abandonos; las hijas dejaron de estudiar y ahora tienen que trabajar en casa y fuera de ella. Es decir, al despido, el desempleo y la crisis, se sucede el conflicto en la familia como producto de la reorganización, los nuevos roles, así como las nuevas responsabilidades de cada uno de los miembros de la familia (González de la Rocha, Escobar y Martínez, 1990).

3. Familia nuclear y familia extensa: dos formas de utilizar las redes

Perdido el trabajo, se diluyeron las relaciones estructurales que vinculaban a los trabajadores con Pemex, así como también las relaciones con el sindicato y sus dirigentes. La reclusión en el espacio doméstico fue indicadora de como eran las relaciones que se mantuvieron vigentes en la crisis del desempleo. Éstas se redujeron a la familia y, más específicamente, en la mayoría de los casos, a la familia nuclear.

Me interesa clarificar este proceso, que refleja, me parece, la manipulación de los recursos sociales a los que recurren los grupos más afectados por las circunstancias actuales de desempleo y reducción de sus niveles de ingresos y los alcances cada vez más restringidos de estos recursos. El análisis se realizó, como el resto de la investigación, a partir de los usos que los ex petroleros y sus familias hacían de los espacios cotidianos, particularmente de sus casas.

Durante los años de trabajo en la paraestatal, se había fomentado, desde la misma empresa, la estructura de familia ampliada como el modelo de la familia petrolera, no tanto como unidad doméstica extensa de varios núcleos familiares compartiendo techo y economías (aunque también las había), sino en el sentido de mantener activas las relaciones entre padres, hijos, hermanos y, con mucha frecuencia, tíos y primos.

Esta cercanía entre la gran parentela se efectuaba apoyada en dos elementos: el primero de ellos fue el trabajo en Pemex, al que, por con-

trato colectivo y, sobre todo, por costumbre hecha ley,¹³ se incorporaban varios miembros de una misma familia, que estructuró grandes grupos familiares alrededor del trabajo; el segundo, la vecindad urbana que se fue configurando amarrada también al trabajo en la refinería “18 de Marzo”. Una vez que los primeros trabajadores se instalaron en las colonias vecinas a la refinería, empezaron a invitar a otros miembros de la familia a hacerlo, de manera que era fácil encontrar a diversos hermanos viviendo cerca, o hijos que acababan llevándose a sus padres al vecindario, etc. Después se amplió esta cercanía a primos, tíos, etc. Así, las nuevas colonias significaron, desde su apertura, la posibilidad de integrar en un mismo espacio urbano a los parientes más cercanos y en ellas se instalaron diversos miembros de una misma familia, ya se tratara de migrantes de otros estados de la República, o vecinos de la ciudad de México que se cambiaban a vivir cerca del trabajo y de la familia. Con ello, se abrió la oportunidad de una gran convivencia entre parientes y se compartía el trabajo y el espacio doméstico y urbano, aunque la tendencia fue, desde los primeros tiempos de la formación de las colonias, que una vez consolidado el trabajo en la refinería, cada núcleo familiar tuviera su propia casa. Si acaso se pretendía —como ya se señaló— comprar un terreno grande que posteriormente pudiera subdividirse para construir casas vecinas a los hijos que crecían y se casaban, o comprar diversos lotes cercanos, para el mismo fin.

Así, tenemos que, durante la época del trabajo en la refinería, se fomentaron las redes familiares que integraban a dos o tres generaciones y a diversas ramas laterales de un tronco común.¹⁴ La relación, en estas redes de familias, estaba basada en el apoyo mutuo en varios aspectos: el más constante era la inclusión en el trabajo de la refinería a

¹³ El Contrato colectivo de Pemex preveía, desde 1942, que tanto las plazas definitivas vacantes como las de nueva creación, serían ocupadas, en 50% por los trabajadores transitorios con mayor antigüedad y “*militancia sindical*” (*sic*), mientras que el 50% restante se otorgaría a los familiares (hijos y hermanos) de los trabajadores de planta. También se estipulaba que a la muerte de un trabajador, su plaza se “heredaría” al familiar más cercano (Novelo, 1991). En la práctica, sin embargo, las plazas siempre eran un recurso clientelar, objeto de negociación entre trabajadores y líderes, y no sólo se incluía entre los familiares cercanos a hijos y hermanos, sino también podían entrar, por esa vía, tíos, primos, sobrinos, cuñados. Estas concesiones a la familia fueron suprimidas del Contrato colectivo en 1991.

¹⁴ Es interesante acotar que éste será un caso claro de localización de las redes familiares, de acuerdo con la investigación de Bott (1990:143) sobre familias y redes sociales realizada en Londres en la década de los cincuenta. Las redes localizadas en un vecindario, dice Bott, “se dan con más frecuencia en zonas de clase obrera establecidas ya de antiguo, en las que hay una actividad local predominante o un número pequeños de ocupaciones tradicionales. Son zonas con poco movimiento de población, en las que

partir de un miembro de cada familia. Hay muchos testimonios que marcan cómo fueron entrando al trabajo a partir del padre, el hermano, el tío, el primo, y, una vez casados, el cuñado, el suegro, etc. Estas redes eran también utilizadas para solucionar problemas domésticos o tareas específicas de la vida cotidiana o para dar apoyo económico, sobre todo de padres a hijos, en circunstancias extraordinarias o incluso compartiendo casa cuando alguien pasaba por periodos de desempleo (recuérdese que la vía de ingreso a Pemex —si es que no se hereda la plaza por muerte o jubilación del padre— es por vía transitoria, lo que implica periodos de trabajo y de desempleo).

La familia era, además, un grupo estable con el que se compartían los eventos sociales, en el que con frecuencia se reforzaban vínculos con el compadrazgo; un grupo que, como es costumbre muy generalizada entre amplios grupos de la población urbana, se reunía a comer con regularidad (semanal o mensual) y, por supuesto, en los acontecimientos festivos de la familia. Se daba, pues, una gran interacción entre las familias de los petroleros de estas colonias, destinada, básicamente, a compartir el bienestar.

Tenemos así una estructura flexible, presente siempre en la vida de los trabajadores, aunque no estuviesen activas constantemente las relaciones entre diversas generaciones o diversos niveles de consanguinidad. Más aún, en la crisis posterior al despido, demostró ser la red más sólida de las relaciones de los petroleros en la que la familia nuclear fue, sin duda, la institución económica y cultural sobre la que los petroleros se apoyaron con más fuerza para subsistir. Las modalidades de su organización, su flexibilidad para adaptarse a las nuevas situaciones, para lograr lo máximo de sus propios recursos materiales y su propia fuerza de trabajo, para inventar modos de cubrir sus necesidades, la hacen, como señala Amalia Signorelli (1983), una estructura altamente funcional a la reproducción del sistema social. Sin la creativa organización doméstica, sin el empeño de los miembros de la familia, el deterioro de este sector de la población hubiera sido mucho mayor.

La familia extensa, incluso las redes de hermanos que ya viven fuera de la casa paterna, aparece entre los petroleros como un recurso social

viven las mismas personas durante toda la vida. El desarrollo de las redes trabadas es posible no sólo porque el barrio es homogéneo sino también por la existencia de continuidad. El tipo de vecindario en el que viven las familias es uno de los factores que influyen en la "localización" de las redes. Si la red de una familia tiene alcance local, esto es, si la mayor parte de los miembros viven en el mismo barrio, de forma que son mutuamente accesibles, es más fácil que se conozcan los unos a los otros que si vivirían dispersos por el país".

manipulable, al que recurren o no, dependiendo de las circunstancias. Quiero dejar asentado que esta organización familiar amplia, cultivada durante más de cincuenta años, fue la que permitió, con sus diversas formas de apoyo, que los petroleros fueran buscando sus nuevas opciones de vida y de trabajo. Esta organización, sin embargo, no fue utilizada unívocamente, y mientras que algunas redes familiares se intensificaron, otras se abandonaron.

Veamos las diversas formas de apoyo: en términos laborales, una manera de enfrentar la crisis fue con trabajo y negocios compartidos entre varios hermanos (ver cuadro de la nota 5); otra, ha sido vender los productos que uno de los miembros de la familia elabora, o compartir mercancía para vender en diversos puntos de la ciudad, por ejemplo. A veces la colaboración entre los miembros de la familia se dio —como ya lo señalé— compartiendo tareas domésticas.

Es decir, la red familiar amplia cumplió cuatro funciones fundamentales: 1) proveyó de casa a quienes no la tenían (al menos temporalmente); 2) permitió la generación de negocios familiares de diversa índole, sobre todo entre hermanos; 3) proporcionó redes de clientes para los productos elaborados por alguno de los miembros cuando otros familiares los llevaban a vender a su trabajo, entre sus amistades, etc., y 4) apoyó con trabajo doméstico el negocio y las actividades productivas de alguno de los miembros de la red familiar; en estos casos se mantuvo y se intensificó la solidaridad familiar y se creó una red de ayuda que les facilitó el tránsito al desempleo y la supervivencia con mecanismos que no difieren mucho de los que Lomnitz analiza entre los marginados de esta ciudad en la década de los años setenta (Lomnitz, 1975). En casos excepcionales, sobre todo cuando entre los integrantes de una nueva familia extensa había alguno de ellos que no había perdido su empleo, el resto de la familia sabía que, en caso de necesidad, podía contar con apoyo monetario. Lo mismo sucedía con los jubilados.

Existen, sin embargo, variaciones sutiles en el uso de las redes familiares que aparecieron en muchos casos entre los despedidos de Pemex, que apuntan a una nueva situación de pobreza (*cf.* De Teresa y Cortés, 1996) diversa de otras consignadas en esta ciudad en épocas anteriores y que muestran la gravedad de la condición por la que atraviesa el sector de población precarizada por el despido en Pemex. Esta nueva situación restringe no sólo alternativas de trabajo, sino el uso de relaciones familiares.

Lewis (1969), Lomnitz (1975) y Estrada (1996) reseñan situaciones de pobreza urbana en las que la solidaridad familiar de una u otra manera es fundamental para la subsistencia de grupos familiares extensos que se apoyan en los ingresos y el trabajo de una familia o de uno de sus

miembros, cuando otros de ellos atraviesan por situaciones de emergencia, desempleo, enfermedad, etcétera.

En la nueva situación de desempleo entre los petroleros, los padres fueron siempre el apoyo mayor, dado que generalmente eran trabajadores jubilados. A la vieja generación no le afectó directamente el cierre de la refinería. Así, en algunos casos se compartió la casa paterna, lo que se convirtió en un apoyo indirecto a la economía familiar de quienes se instalaron en la casa de los padres y se ahoraban el gasto de la renta. Pero ser jubilado en 1991, no permitía que diversas familias nucleares dependieran exclusivamente del ingreso por jubilación de uno de ellos, por lo que, más allá de ofrecer la casa como residencia a varios de sus hijos y sus familias, éstos no podían ser apoyados en dinero ni en bienes de consumo de manera permanente. Tampoco hubo este tipo de apoyo entre hermanos que tenían sus propias familias. Las circunstancias de la crisis por la que atravesaba la economía nacional y de la condición de desempleo tan generalizada entre estas familias, no permitió este arreglo que responde más a los esquemas tradicionales de la familia extensa mexicana. Ahora, en caso de poder, se ofrecía un techo, pero la subsistencia familiar debía correr a cargo de cada familia. Por eso afirmo que fue la familia nuclear la que sostuvo la crisis del despido. Los grupos familiares nucleares utilizaron toda su fuerza de trabajo disponible: los dos cónyuges hacían algo para traer dinero a casa, como en otras circunstancias (De Oliveira y García, 1994; Cortés, 1995); si había adolescentes o jóvenes también éstos eran lanzados al mercado de trabajo informal y hasta los niños, a quienes se mantenía en la escuela, debieron cambiar sus rutinas y no sólo colaborar en casa, sino realizar trabajos productivos eventuales, como vender entre los vecinos los productos hechos por la madre, o llevarlos a la escuela en épocas especiales (navidad, día de la madre, del maestro). Esta participación de toda la familia fue fundamental para la subsistencia del grupo (véase González de la Rocha, 1991).

Por otra parte, cuando mantener las redes familiares amplias no significaba un claro apoyo a la propia familia nuclear, sino más bien obstaculizaba el bienestar familiar, fácilmente se dejaron de cultivar estas relaciones. Así ocurrió entre familias que tenían a la casa paterna como el centro indiscutible de reunión, y ahora ya no lo es más, porque los padres no pueden subvencionar los gastos de comida para todos los hijos, por ejemplo, o porque quienes de entre los miembros de la familia mantuvieron su trabajo en alguna dependencia de Pemex (como empleados en la sección de abasto y distribución, como obreros de Tula, ingenieros en esta misma refinería, médicos, enfermeras, empleados del hospital, secretarías en las oficinas centrales, etc.) no querían ponerlo en peligro

cuando los hermanos despedidos reclamaban reinstalación; también se rompieron relaciones entre hermanos porque el negocio que intentaron poner en común no daba para mantener a las diversas familias; o relaciones filiales cuando, después de un ofrecimiento inicial de espacio en la casa paterna (para vivir, o como espacio de trabajo), con la convivencia y la imposibilidad de sufragar gastos generados por esta presencia nueva en la casa, empezaron las dificultades y los hijos tuvieron que salir a buscar otro lugar con la consecuente fricción y deterioro de las relaciones familiares. Incluso, hubo familias que expulsaron a alguno de sus miembros (hijos solteros) cuando quedaron desempleados y resultaban onerosos para la economía familiar y conflictivos para el resto de la familia, o algunas que debieron desmembrarse y mandar a sus hijos menores a casa de algún familiar lejos de la ciudad. Por ello, al mismo tiempo que la familia nuclear fue indispensable, se manifestó la existencia de una gran flexibilidad en el uso de la familia extensa que resultó ser un recurso manipulable, que se activaba o no, dependiendo de intereses materiales concretos (Signorelli, 1983).

Quiero subrayar esta nueva forma de solidaridad familiar en la que se comparte hasta más no poder el espacio familiar y ciertos apoyos (como cuidar niños, ir de compras, etc.), pero que se ofrecen sólo mientras no comprometen la posibilidad de realizar algún trabajo remunerado. En esta nueva situación se restringe a lo mínimo —prácticamente desaparece— el apoyo en recursos materiales.

Dice Evans Pritchard (1940) que la generosidad se manifiesta en periodos de carencia y no en los de abundancia. En México, en situaciones de crisis, ha sido constante el comportamiento solidario frente al desastre. Piénsese, por hablar de los acontecimientos que aún tienen un lugar vivo en la memoria reciente, en la explosión de San Juanico en 1984, en el sismo de 1985 o en la más reciente explosión de Guadalajara en 1992 o el huracán Paulina en 1997. Es decir, se podría hablar, sin lugar a dudas, de la solidaridad como un rasgo cultural de los mexicanos. Sin embargo, la experiencia del desempleo entre los petroleros —muy similar a un desastre por sus características: generahzada, súbita, irremediable— mostró claramente los límites a los que llegó esta solidaridad. No estoy afirmando que esto implique un cambio en el sustrato cultural que sustenta la solidaridad entre los que nada tienen; lo que se ha modificado sustancialmente es la extensión de las posibilidades materiales para brindarla: el desempleo es creciente; los niveles salariales están cada vez más deteriorados y son insuficientes; los servicios asistenciales del Estado son cada vez más restringidos y deficientes, etc. La creciente precariedad de los recursos disminuye considerablemente la posibilidad de un apoyo irrestricto.

Podríamos proponer que el modelo de utilización de las redes familiares que prevaleció entre los desempleados de la refinería tiene dos aspectos: la familia nuclear proveyó la fuerza de trabajo (asalariada y libre) empleando las capacidades de todos sus miembros para allegarse ingresos; la familia extensa fue utilizada como apoyo en dos sentidos: 1) para solucionar problemas de organización doméstica que liberara al mayor número de miembros de la familia nuclear para salir al mercado y 2) para utilizar y obtener lo máximo de los recursos ya existentes —como la casa, por ejemplo, o ciertas redes personales— de manera que los escasos ingresos de las familias nucleares pudieran aprovecharse mejor. Ambos aspectos, sin embargo, tenían como límite que el apoyo no significara, para quien lo brindaba, la pérdida de oportunidad de obtener, por otra vía, sus propios ingresos. Es decir, hay una gran flexibilidad en el uso de estos recursos sociales, que, aunque pasan por la consanguinidad y el afecto, se activan o no, dependiendo de las situaciones específicas de quienes los utilizan (Signorelli, 1983).

Para concluir

El desempleo orilló a los ex petroleros a buscar nuevas formas de allegarse ingresos más allá de las fronteras conocidas. Se lanzaron a hacer casi lo único que en esta ciudad tenía cabida: las actividades por cuenta propia, desde comercio ambulante hasta conducir un taxi, recorriendo la ciudad y buscando los pequeños nichos en los que podían establecerse, durante una hora, a realizar sus actividades. Las mujeres multiplicaron actividades y crearon solidaridades vecinales para hacer rendir los escasos recursos de cada hogar; los niños se incorporaron al trabajo informal; los adolescentes resultaron ser un sector muy golpeado, al que se le cerraron posibilidades de una vida profesional que veían ya muy cercana, y muchos de ellos salieron a la calle a crear sus propias redes —que muchas veces acababan en pandillas en los límites de la ilegalidad— y hay varios casos de suicidios de adolescentes entre estas familias. Pero la casa y la familia estuvieron allí. Ambas instituciones paliaron los efectos del despido por el cierre de la refinería. Logrando el máximo de ambos recursos, los petroleros no sucumbieron. Sólo que son recursos limitados, que ya no pueden estirarse más.

En el caso de los despedidos de la refinería “18 de Marzo”, se concentraron condiciones adversas que llevaron a sus límites las posibilidades y los recursos a los que apelan quienes se quedan sin empleo: por una parte, el despido tuvo lugar cuando el deterioro general de las condiciones de vida de los trabajadores era muy grande y venía de mucho

tiempo atrás: digamos que se habían acumulado años de deterioro salarial, de pérdida de poder adquisitivo del salario, de restricción de posibilidades de empleo. Por otra, el despido fue masivo y afectó a grupos enteros de familias, por lo que las posibilidades de apoyo familiar también fueron más restringidas. Así, los recursos con los que este grupo contaba para salir adelante también acusaron una situación límite: las posibilidades de recontratarse como trabajadores asalariados-dependientes fueron casi nulas; las posibilidades de realizar actividades por cuenta propia se tejieron en torno a las disponibilidades de la casa como lugar de trabajo; los equipos utilizados en el trabajo doméstico como equipos de trabajo remunerado y las habilidades personales aprendidas a lo largo de la carrera laboral previa como fuentes de trabajo; las redes familiares se apretaron en torno a la familia nuclear. A pesar de que el despido de estos trabajadores revistió características peculiares, y que en otras circunstancias estas situaciones límite no se manifiestan (como cuando el despido ocurre en ciudades más pequeñas y más dinámicas, como aquellas en que se instala la maquila; o poblaciones con una diversificación grande en el trabajo (Arias, 1992), incluso en el ámbito familiar; la situación de los ex petroleros es una buena advertencia de la reducción de alternativas y posibilidades para que grupos enteros de familias salgan adelante.

Dice Halbwachs (1990) que en el espacio uno puede leer la historia, la cultura y el significado social de los pueblos que lo usan. Las calles y las casas de las familias de los petroleros resultaron un elocuente testimonio de lo que para este grupo social significó el tiempo de trabajo y la pérdida del empleo. Las calles y las casas de éstos y tantos otros desempleados de la ciudad, hablan no sólo de los problemas domésticos generados por el nuevo modelo económico, sino de cómo en la vida cotidiana los trabajadores sólo se tienen a sí mismos y logran salir adelante. La casa y la familia aparecen como los últimos recursos productivos a los que pueden apelar los desempleados, más allá de su carácter de lugar de la reproducción y de las relaciones familiares.

Recibido en agosto de 1997

Revisado en junio de 1998

Bibliografía

- Aboites, Jaime (1983), "Acumulación, reproducción de la fuerza de trabajo y crisis en México", *Economía: teoría y práctica*, núm. 1, p. 87-112.
- Arias, Patricia (1992), *Nueva rusticidad mexicana*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Bazán, Lucía (1997), *Cuando una puerta se cierra abrimos cientos. Estrategias de las familias petroleras frente al cierre de la refinería "18 de Marzo"*, México, UNAM (tesis doctoral).
- Bott, Elizabeth (1990), *Familia y red social*, Madrid, Taurus Humanidades.
- Cortés, Fernando (1995), "El ingreso de los hogares en contextos de crisis, ajuste y estabilización: un análisis de su distribución en México, 1977-1992", *Estudios Sociológicos*, vol. XIII, núm. 37, enero-abril, pp. 91-108.
- Corro y Correa (1991), *Proceso*, 25 de marzo.
- Da Matta, Roberto (1991), *Carnaval as a cultural problem: towards a theory of formal events and their magic*, Notre Dame, University of Notre Dame.
- De la Rosa, Martín (1990), "Estrategia popular para tiempos de crisis", en De la Peña *et al.* (coords.), *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*, México, Universidad de Guadalajara-CIESAS.
- De Teresa, Ana Paula y Carlos Cortés Ruiz (1996), *La nueva relación campo-ciudad y la pobreza rural*, en H. C. de Gramont y H. Tejera (coords. grals.), *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*, vol. II, México, INAH, UAM, UNAM y Plaza y Valdez.
- Estrada Igúñiz, Margarita (1996), *Después del despido. Desocupación y familia obrera*, México, CIESAS.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1992), "El significado del trabajo femenino en los sectores populares urbanos", en *Ajuste Estructural, mercados laborales y TLC*, México, El Colegio de México.
- García Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira (1982), *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, México, El Colegio de México.
- González de la Rocha, Mercedes (1995), "Reestructuración social en dos ciudades metropolitanas: un análisis de grupos domésticos en Guadalajara y Monterrey", *Estudios Sociológicos*, vol. XIII, núm. 38, mayo-agosto, pp. 261-282.
- ____ (1991), "Family well-being, food consumption, and survival strategies during Mexico's economic crisis", en González de la Rocha y Escobar Latapí, *Social responses to Mexico's economic crisis of the 1980s*, San Diego, University of California.
- ____, Agustín Escobar y María de la O. Martínez (1990), "Estrategias versus conflicto: reflexiones para el estudio del grupo doméstico en época de crisis", en De la Peña *et al.* (coords.), *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*, México, Universidad de Guadalajara-CIESAS.
- González de la Rocha, Mercedes (1989), "Crisis, economía doméstica y trabajo en Guadalajara", en O. de Oliveira (coord.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México.

- (1986), *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco-CIESAS-SPP.
- Halbwachs, Maurice (1990), “Espacio y memoria colectiva”, *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, vol. III, núms. 8-9, pp. 11-40.
- Hernández Licona, Gonzalo (1997), “¿El sexo débil? Participación y flexibilidad laboral de las mujeres en México”, en *Memoria del II Seminario de Investigación Laboral: participación de la mujer en el mercado laboral*, México, Secretaría de Trabajo y Previsión Social.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (1992), *Distrito Federal. Resultados definitivos. Datos por AGEB urbana. IX Censo General de Población y Vivienda, 1990*, Aguascalientes, INEGI.
- (1996) *Encuesta Nacional de empleo, 1995*, Aguascalientes, INEGI.
- Lewis, Óscar (1969), *Antropología de la pobreza. Cinco Familias*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Lomnitz, Larissa (1975), *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI.
- Margulis, Mario (1989), “Reproducción de la unidad doméstica, fuerza de trabajo y relaciones de producción”, en Orlandina de Oliveira, Marielle Pepin Lehalleur y Vânia Salles (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, UNAM-Porrúa-El Colegio de México.
- Teresa Rendón y Mercedes Pedrero (1981), “Fuerza de trabajo y estrategias de supervivencia en una población de origen migratorio”, *Demografía y Economía*, vol. XV, núm. 3 (47), pp. 265-311.
- Novelo, Victoria (1991), *La difícil democracia de los petroleros*, México, El Caballito-CIESAS.
- Oliveira, Orlandina de y Brígida García (1994), “Trabajo y familia en la investigación sociodemográfica en México”, en Francisco Alba y Gustavo Cabrera (comps.), *La población en el desarrollo contemporáneo de México*, México, El Colegio de México.
- Oliveira, Orlandina de y Bryan Roberts (1993), “La informalidad urbana en años de expansión, crisis y restructuración económica”, *Estudios Sociológicos*, vol. 11, núm. 31, enero-abril, pp. 33-58.
- Pemex (1989), *Contrato colectivo de trabajo*, México, Pemex.
- Pritchard, Evans (1940), *The Nuer*, Londres, Oxford University Press.
- Rendón, Teresa y Carlos Salas (1992), “El Mercado de Trabajo no agrícola en México. Tendencias y cambios recientes”, en *Ajuste estructural, mercados laborales y Tratado de Libre Comercio*, México, Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México-Fundación Friedrich Ebert-El Colegio de la Frontera Norte.
- Schteingart, Martha (1991), *Espacio y vivienda en la ciudad de México*, México, El Colegio de México-I Asamblea de Representantes del Distrito Federal.
- Scott, Chris D. (1996), “El nuevo modelo económico en América Latina y la pobreza rural”, en Ana Paula de Teresa y Carlos Cortés Ruiz (coords.), *La nueva relación campo-ciudad y la pobreza rural*, en H. C. de Gramont y H. Tejera (coords. grals.), *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*, vol. II, México, INAH, UAM, UNAM y Plaza y Valdez.

- Signorelli, Amalia (1983), *Chi può e chi aspetta. Giovani e clientelismo in un'area interna del Mezzogiorno*, Nápoles, Liguri.
- Sobarzo Fimbres, Horacio E. (1997), *Cambio tecnológico y perfil de la mano de obra en el sector manufacturero en México*, cuaderno de trabajo 11, México, Secretaría del Trabajo y Previsión Social.
- Thomas, J. J. (1995), *Surviving in the city. The urban informal sector in Latin America*, Londres, Pluto Press.
- Topalov, Christian (1979), *La urbanización capitalista*, México, Edicol.

Periódicos:

- Reforma*, México.
- Unomásuno*, México.
- El Universal*, México.
- Excelsior*, México.